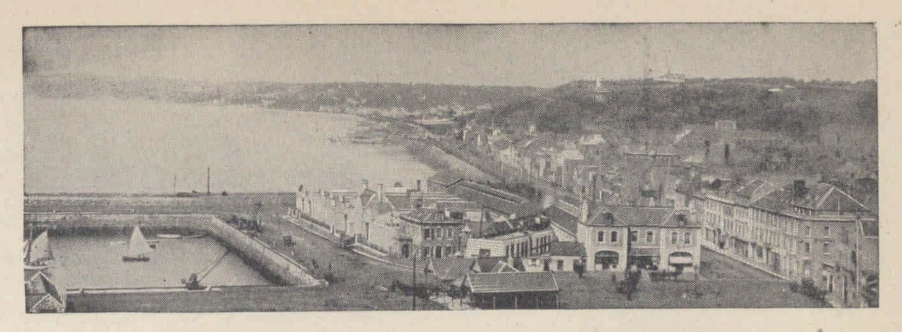


# EL HOMBRE QUE SALVÓ A ST. HELIER

LOS habitantes de la isla de Jersey celebraban el aniversario de la coronación del Rey Jorge, en 4 de Junio de 1804. El regocijo era general; y durante toda la mañana las piezas más gruesas de los fuertes habían estado disparando las salvas reales. Contábase entre esos fuertes el llamado New Fort, emplazado en una altura junto a St. Helier, que es la ciudad representada en el grabado.

Los cañones eran disparados por medio de largos palos previamente sumergidos en azufre y que parecían fósforos gigantescos. Concluídas las salvas, los « fósforos » que no se habían utilizado fueron devueltos al almacén de pólvora, donde se guardaban millares de barriles. Los soldados encargados de la mencionada operación cerraron entonces el almacén y el oficial de artillería, capitán Salmón, se llevó las llaves.

No se pensó más en ello hasta el anochecer; pero entonces los centinelas que hacían sus rondas, notaron que salía humo de debajo de la puerta. Corrieron al punto a avisar el peligro, gritando: « ¡Fuego! » El oficial de señales, cuyo nombre era Lys, bajó corriendo de su puesto de guardia en la colina, y al llegar al almacén de pólvora encontró que salía mucho humo de ambos extremos del edificio.

Dos carpinteros, llamados Eduardo y Tomás Touzel, estaban con el oficial de señales, y Tomás fué encargado de llevar inmediatamente la noticia al Comandante en jefe y de volver con las llaves del almacén lo más aprisa posible.

Al partir, instó a su hermano Eduardo a que le acompañara, o a que, a lo menos, se alejara del peligro; pero Eduardo contestó:

—Todos tenemos que morir algún día y mi intención es salvar el almacén, si puedo.

Luego llamó en su ayuda a algunos soldados; y uno de ellos, llamado Ponteney, respondió:

—Estoy dispuesto a arrostrar el riesgo.

Touzel cogió entonces una gruesa barra de hierro con la que desencajó la verja colocada alrededor del almacén, y tras grandes esfuerzos consiguió forzar la puerta del edificio, de la que salieron al instante densas columnas de humo. Grandes pilas de fósforos y muchas de las cajas de municiones ardían ya; y las llamas empezaban a envolver los grandes barriles llenos de pólvora. Era evidente que de un momento a otro iba a ocurrir una tremenda explosión, y que todos los que se hallaban allí cerca serían probablemente hechos trizas.

Pero Eduardo Touzel, aunque comprendía claramente la inminencia y gravedad del peligro, no era hombre capaz de volverse atrás. Penetró corriendo en el almacén, cogió grandes brazadas de los ardientes fósforos y los arrojó a Lys y a Ponteney, quienes, a su vez, los echaron a mayor distancia de la entrada.

El heroico Touzel no cejó hasta que toda la piel de su cara y manos quedó chamuscada completamente, y él a punto de perecer sofocado por la espesa humareda. Entonces acudieron de todas partes soldados con cubos de agua; y, por fin, el voraz elemento pudo ser dominado.

Si Touzel hubiese esperado a que llegaran las llaves de casa del comandante, el fuego se hubiera comunicado a la pólvora y volado el edificio.

## EL LOBO QUE VINO DE NOCHE

HACE cerca de cien años, cierto abogado francés, llamado el Barón de Monthyon, legó una importante suma de dinero destinada a constituir un premio anual para « el francés pobre que durante el curso del año llevara a cabo las acciones más virtuosas ».

Las relaciones relativas a esta recompensa anual constituyen un admirable archivo de hechos heroicos; pero es dudoso que contengan uno más digno de tal calificativo que el llevado a cabo por Magdalena Saunier, joven de condición humilde entregada con alma y vida a obras de caridad y que siempre hallaba manera de socorrer a los demás de un modo verdaderamente maravilloso.

Una viuda ciega y pobre vivía con una hija enfermiza a unos dos kilómetros de su cabaña; y durante quince años Magdalena las visitó sin faltar un solo día para alimentarlas, arreglar su casa y dejarlas confortadas y animosas hasta su próxima visita.

En dirección opuesta, y a una distancia casi igual, yacía en una choza de las afueras una pobre joven leprosa, enteramente desamparada de sus amigos. Por espacio de dieciocho meses, Magdalena iba a verla dos veces por día para llevarle la poca comida que sus medios le permitían y curar sus horribles llagas, hasta que, al fin, la infeliz enferma expiró en sus brazos.

En 1840, Magdalena anduvo muy cerca de ahogarse al intentar cruzar una corriente de agua crecida, situada entre su cabaña y la de una de sus protegidas; y cuando la reprendieron por su temeridad, contestó sencillamente:

—No lo pude remediar, no me fué posible ir ayer, de modo que por fuerza tenía que ir hoy.

Durante el transcurso de un invierno muy frío, ocurrióle un accidente terrible. Estaba cuidando de una mujer casi moribunda, llamada Mancel, que vivía en la colina, en una choza que más parecía la guarida de una fiera, que habitación de criatura humana. Hacia el fin de una larga noche, Magdalena acababa de encender unos cuantos trozos de leña con el fin de amortiguar el intenso frío que sentía, cuando la carcomida puerta, que sólo se mantenía cerrada por una piedra colocada en el suelo, entreabrióse súbitamente y apareció la figura de un lobo próximo a lanzarse dentro de la habitación.

Magdalena se abalanzó a la puerta sujetándola, y arrimó contra la misma cuanto le vino a mano para mantenerla cerrada, mientras el animal se lanzaba contra ella. Al mismo tiempo empezó a gritar con todas sus fuerzas a fin de amedrantar al lobo y hacerle huir. Pero fué inútil; todo el resto de aquella tremenda noche tuvo que pasarla empujando la puerta contra el lobo.

Poco después la enferma murió; y Magdalena, temiendo que volviera el lobo, resolvió ir a la cabaña más cercana, donde pidió que recibieran el cadáver y lo tuvieran allí hasta su entierro. Consintieron los dueños y Magdalena volvió a la choza de la colina, caminando sobre la nieve, por aquellos solitarios parajes frecuentados por los lobos. Echóse a cuestas el cuerpo inanimado, y, encorvada bajo su peso, lo llevó a la cabaña, donde cayó de rodillas dando gracias a Dios por hallarse fuera de peligro. Al día siguiente, las pisadas del lobo en la nieve mostraron claramente que había estado rondando la choza durante la noche; y la puerta derribada evidenció que había conseguido entrar.



# PERSEGUIDOS POR LOS LOBOS

En una serena noche de un crudo invierno, el barón dispuso su partida de la pequeña ciudad fronteriza de Rob-rin.

En calles y caminos la nieve alcanzaba ya una altura respetable, cuando el barón, acompañado de su esposa, de su hijo y de su criado Eric, subió con todos al trineo y partieron para llevar al cabo la primera etapa de su viaje a Petrogrado.

El hostelero trató de disuadir al barón de verificar el viaje aquella noche: las carretas estaban cubiertas de nieve y se sabía que algunas manadas de lobos hambrientos merodeaban por la vecindad. Mas el barón, ansioso de llegar a Bolisod, la ciudad próxima, dió la orden de marcha, y el trineo, arrastrado por cuatro caballos, perdióse en la obscuridad de aquella noche helada.

Transcurrida una hora, cuando el trineo se aproximaba a un gran bosque, el cual debían atravesar los viajeros, un grito de horror, de profunda angustia, se ahogó en la garganta de la baronesa.

—¡Dios mío, valednos!

Allá, en la lejanía, se escucharon prolongados aullidos melancólicos y aterradores que se percibían claramente en la tranquilidad de la noche helada.

Eran los aullidos de una manada de lobos que se aproximaban cada vez más, haciendo acelerar el paso a los caballos, que se encabritaban al sentir la proximidad de las fieras.

Detrás del trineo y cada vez más cercanas, se distinguieron vagamente una sombras que brincaban sobre la nieve.

El barón y su criado prepararon sus pistolas considerando con espanto que los lobos alcanzarían pronto al trineo. Los caballos galopaban frenéticamente, arrastrando el trineo, que en la veloz carrera se balanceaba de un lado a otro, amenazando volcarse.

Los lobos, ganando terreno, iban acercándose. Algunos corrían ya próximos a los caballos. Un lobo viejo gris, intentó saltar sobre una de las nobles bestias; pero un certero disparo de la pistola de Eric, lo tumbó muerto sobre la nieve. Por un instante quedáronse atrás las fieras, mas al momento se lanzaron otra vez en persecución del trineo. El barón y Eric dispararon y cuatro lobos cayeron sobre el camino. Los compañeros detuvieron su veloz carrera para devorar a los muertos, y al instante reanudaron su marcha persiguiendo al trineo.

—No hay otro remedio—gritó Eric.—Tenemos que soltar uno de los caballos; corte usted los tirantes.

Así se hizo; y uno de los caballos internóse galopando en el bosque, perseguido por todos los lobos.

—Estamos salvados,—exclamó el barón.

Sin embargo, Eric sabía muy bien que los lobos hambrientos volverían pronto. Así sucedió, efectivamente, y hubo necesidad de sacrificar otro caballo para ganar algunos momentos.

El trineo se hallaba ahora sólo a tres kilómetros de Bolisod, y se divisaban ya a lo lejos las luces de la población. Por un momento los viajeros creyeron estar a salvo, mas pronto se dieron cuenta de que el cansancio comenzaba a rendir a los caballos, mientras los lobos se acercaban otra vez rápidamente. Entonces, Eric se portó como un héroe.

—Bajaré, señor barón, y tendré los

lobos a raya, mientras usted, con su esposa y su hijo, corre a la ciudad. Si nos quedamos juntos pereceremos todos. Yo solo tal vez tendré tiempo de trepar a un árbol o podré defenderme hasta que usted regrese con ayuda. Y, si los lobos me matan, no se olvide usted de mi mujer y de mi hijo.

El barón se desesperaba ante la idea de perder de una manera trágica a un criado tan fiel como Eric; pero Eric estaba decidido a arriesgar su vida para salvar a su amo.

Los lobos se hallaban ahora a ambos lados del trineo; y los más delanteros mordían ya las piernas de los caballos.

—Alerta—dijo Eric al barón.—Dispare usted sobre las fieras cuando salte yo.

El criado brincó del trineo y el barón disparó sobre los lobos. Los feroces animales se detuvieron súbitamente un instante cuando el resplandor del fogonazo les hirió en los ojos. Luego se oyó un grito terrible, salvaje, y Eric hizo nuevamente fuego contra las fieras. Después reinó absoluto silencio, mientras los caballos, en veloz carrera, galopaban hacia la ciudad...

Nunca volvióse a ver a Eric, pero sus pistolas se encontraron vacías en la nieve, manchadas de sangre.

Ahora, en aquel sitio, se alza una cruz de piedra que ostenta, por un lado, el nombre del heroico criado, y por el otro, estas palabras: «Ningún hombre sacrificó más abnegadamente su vida para salvar la de un amigo».

## EL AMOR INMORTAL DE UNA HERMANA

DOS jóvenes romanos, Simplicio y Faustino, tenían por hermana a una virgen noble, llamada Beatriz. Vivían tranquilamente en Roma, en una época de calma transitoria, cuando las persecuciones a los cristianos habían ya cesado. Los tres veneraban a Cristo en plena paz.

Pero subió al trono un nuevo emperador, y los antiguos martirios volvieron a reaparecer. Se llamó a los dos hermanos Simplicio y Faustino, para que renegaran de Cristo, a lo que ellos se negaron, por lo cual fueron torturados y decapitados, siendo después sus cuerpos echados al río.

Beatriz, buscando cautelosamente en la orilla del río aquellos cuerpos adorados, logró encontrarlos, y evitando así su público deshonor, les dió en secreto cristiana sepultura en un cementerio.

Mas también a ella le estaba reservado el martirio, que sufrió heroicamente, resistiéndose al culto de los ídolos, por lo que murió ahorcada.

Una anciana fiel, que había ayudado a la valerosa joven a inhumar los cuerpos de sus hermanos, recogió también el de Beatriz y lo enterró en la misma tumba de aquellos mártires.

## LA AVARICIA CURADA CON MANJARES DE ORO

UN rey—dice Plutarco—cuya pasión dominante era la avaricia, cifraba toda su felicidad en acumular grandes cantidades de oro, empleando para ello a sus vasallos en el trabajo de las minas y descuidando enteramente la agricultura. Los afligidos súbditos recurrieron a la reina para implorar de ella que pusiera término a sus males; y ésta, comprendiendo la razón que les asistía, recurrió a la siguiente estratagema para curar a su esposo de aquella pasión: mandó hacer manjares y frutas de oro y los hizo servir en la mesa del monarca como único alimento. Éste, al principio, sintió la mayor alegría al verlos; pero repetida la escena por segunda vez, experimentó deseos de comer verdaderas frutas y pidió que se las diesen. «Los campos están sin cultivo—contestó la reina—por nuestro afán de atender sólo a extraer el oro de la tierra y nada producen; se os sirve lo único con que podemos satisfacer vuestro gusto».

Esta lección, añade Plutarco, dió por resultas corregir la pasión del rey y que empleara parte de su oro en fomentar las fuentes que había cegado.